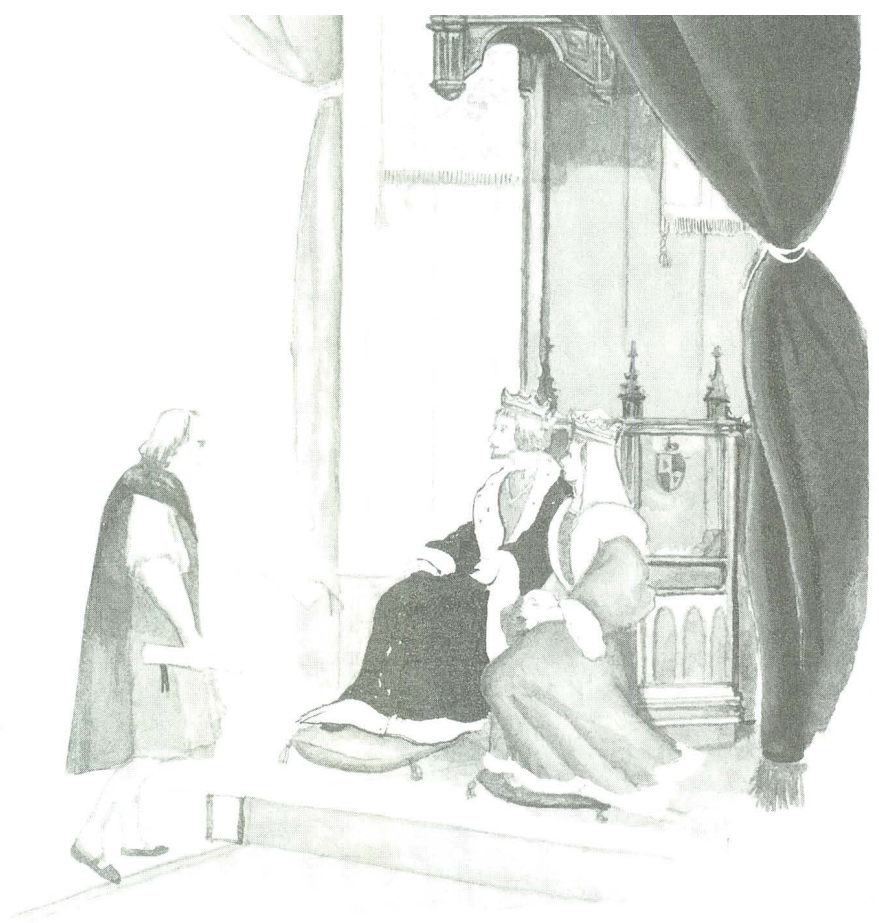


LA EMPRESA DE COLÓN



EL mundo de Colón estaba dispuesto anímicamente a sacudir el yugo de una geografía que lo mantenía atezado, pero los procedimientos requeridos para ello no estaban aún a la altura de las exigencias de un medio marítimo extenso, desconocido y ominoso.

La situación política del puñado de reinos de la península ibérica reflejaba el juego incesante del poder, atrapado en la telaraña de las interrelaciones dinásticas que absorbían en gran medida el quehacer de los núcleos dirigentes, cuya contraposición de intereses se hacía cada vez más evidente ante la inminente derrota del moro con que culminaba el esfuerzo mancomunado de siglos.

No era fácil encontrar una mente despejada que alzara la vista por sobre el cerco de las mezquindades sectoriales, pero al mismo tiempo era indispensable conjugar, en un esfuerzo nuevamente común, la elaboración consistente de una fórmula náutica acompañada de la pericia marinera adecuada para romper la barrera del temor, y la voluntad política dispuesta a correr riesgos económicos y a movilizar fuerzas sociales, hasta ahora renuentes a empeñarse en tan aleatoria empresa. Colón e Isabel la Católica concretan esa combinación, la que sólo surge luego de un largo y azaroso proceso de encuentros que hubiese descorazonado a cualquier otro protagonista menos tesonero que Colón o a cualquier otro soberano sin la visión de estadista de la Reina de Castilla.